—Pero al fin y al cabo, Edmunda, debeis tener presente que amais á Mr. de la Marche. ¡No os burleis. en nombre del cielo!

—Si por amar, respondió con tono grave, entendeis tener confianza y amistad, amo á monsieur de la Marche; si por amar entendeis tener compasión y ternura, amo á Bernardo. Falta saber cuál de las dos afecciones es más viva. Eso os toca á vos, abate; yo me cuido poco de ello; porque no amo más que á una persona que es mi padre; ni amo más que una cosa con entusiasmo, mi deber. Tal vez echaré de menos los cuidados y el cariño del general; indudablemente sufriré con el pesar que por necesidad he de causarle pronto, anunciándole que no puedo ser su mujer; pero esta necesidad no me precipitará en la desesperación, porque sé que Mr. de la Marche se consolará fácilmente. Yo no me burlo, abate; Mr. de la Marche es un hombre ligero y algo frívolo.

—Sino le amais más que eso, tanto mejor, porque será un pesar menos entre tantos pesares; y sin embargo, al saber esa indiferencia pierdo la única esperanza que me quedaba de veros escapar de Bernardo Mauprat.

—Vamos, amigo, no os desconsoléis; ó Bernardo se hace sensible á la amistad y al honor; y se enmienda, ó me salvaré de él.

—¿Pero por qué salida?

—Por la puerta del convento ó del cementerio.

Hablando así Edmunda con aire tranquilo, sacudió su larga y negra cabellera, que caía sobre sus hombros y cubría parte de su rostro pálido.

—Vamos, dijo, Dios vendrá en nuestra ayuda. Es una locura y una impiedad dudar de él en el peligro. ¿Somos por ventura ateos para desanimarnos de ese modo? Vamos á ver á Paciencia, él nos dirá alguna sentencia que nos tranquilice: es el viejo oráculo que resuelve todas las cosas sin saber ninguna.

Alejáronse, y yo quedé sumergido en la mayor consternacion.

¡Oh! ¡cuán distinta fué esta noche de la anterior! ¡Qué nuevo paso acababa de dar en la vida, no ya por el sendero florido, sino por la árida roca! Ya conocia toda la odiosa realidad de mi papel, pues acababa de leer hasta en el fondo del corazon de Edmunda el temor y disgusto que la inspiraba. Nada podia calmar mi dolor, porque nada podia ya excitar mi cólera. No amaba á Mr. de la Marche: no se burlaba ni de él, ni de mí; no amaba á ninguno de nosotros, ¿y cómo había podido yo creer que aquella compasion generosa que me mostraba, aquel sacrificio sublime á la fé jurada, eran amor?

¿Cómo, en las horas en que esta presuntuosa quimera me abandonaba, podía creer que ella necesitaba, para resistir á mi pasión, tener amor á otro? En fin, no me quedaba ya recurso contra mi propio furor. ¡No podia obtener otra cosa que la fuga ó la

muerte de Edmunda! ¡Su muerte! A esta idea mi sangre se helaba en mis venas, oprimíase mi corazón y sentía atravesarle todos los aguijones del arrepentimiento. Esta dolorosa noche fué para mí el más enérgico aviso de la Providencia. Comprendí al fin esas leyes del pudor y de la libertad santa que mi ignorancia había ultrajado ó blasfemado tanto hasta entonces. Admirábanme más que nunca, porque las veía y estaban probadas por la evidencia. El alma fuerte y sincera de Edmunda estaba delante de mí como la piedra del Sinaí, donde el dedo de Dios acababa de trazar la verdad inmutable. Su virtud no era fingida, su cuchillo estaba aguzado y siempre dispuesto á lavar la mancha de mi amor. Tanto me aterró el peligro que había corrido en verla espirar en mis brazos, y tanto me consternó el últraje que le había hecho esperando vencer su resistencia, que busqué todos los medios extremos de reparar mis faltas y restituirla el reposo.

El único que me pareció superior á mis fuerzas fue el de alejarme; porque al mismo tiempo que se despertaba en mí el sentimiento de la estimación y respeto, mi amor, cambiando, por decirlo así, de naturaleza, crecía en mi alma y se apoderaba de todo mi ser. Presentábase ya Edmunda á mis ojos bajo nuevo aspecto.

No era ya la hermosa doncella cuya presencia ponía en desórden mis sentidos, sino un jóven de mi

edad, hermoso como un serafin, altivo, animoso, inflexible en puntos de honor, generoso, capaz de esa amistad sublime que formaba á los hermanos de armas, pero no teniendo amor apasionado sino á la Divinidad, como esos paladines que, arrostrando mil peligros, marchaban á la tierra santa cubiertos de una armadura de oro.

Desde este momento sentí descender mi amor de las tempestades del cerebro á las santas regiones del corazón, y el desenlace no me pareció ya un enigma. Resolví, pues, hacer desde el siguiente dia actos de sumisión y de ternura. Volví al castillo muy tarde, abrumado de fatiga, muerto de hambre y lleno de emociones. Entré en el comedor, tomé un pedazo de pan y lo comí humedecido con mis lágrimas. Estaba apoyado contra la estufa apagada, á la moribunda lámpara agotada. Edmunda entró sin verme, cogió algunas guindas y se acercó lentamente á la estufa: hallábase pálida y absorta, al verme lanzó un grito, y dejó caer las guindas.

—Edmunda, le dije, os suplico que no tengais nunca miedo de mí; esto es todo lo que puedo deciros, porque no sé explicarme; y sin embargo, había resuelto deciros muchas cosas.

—Otra vez me las direis, mi buen primo, me respondió tratando de sonreirse; pero no podía disimular el miedo que tenía al hallarse sola conmigo.

No quise detenerla; volví á sentir vivamente el do-

lor y la humillación de su desconfianza, y no tenia erecho para quejarme, no obstante, jamás hombre alguno tuvo tanta necesidad de ser comprendido y alentado.

En el momento de abandonar ella el salón, se oprimió mi corazón y me deshice en lágrimas, como la víspera en la ventana de la capilla. Edmunda se paró en el umbral, vaciló un instante, y en seguida, impelida por la bondad de su corazón, y dominando sus temores, volvió hacia mí, y deteniéndose á pocos pasos de mi silla.

—Bernardo, sois desgraciado, me dijo, ¿tengo yo la culpa?

No pude responder; estaba avergonzado de mis lágrimas; pero cuantos más esfuerzos hacía para contenerlas, más se hinchaba de sollozos mi pecho. En los seres tan físicamente fuertes como yo lo era, e llanto es una convulsión; el mio parecía una agonía.

—Ea, ¡dí lo que tienes! exclamó Edmunda con la aspereza propia de la amistad fraternal. Y se atrevió á poner una mano sobre mi hombro, mirándome con aire de impaciencia, mientras que una gruesa lágrima corría por su mejilla. Postréme de hinojos y traté de hablarla; pero me fué imposible: no pude articular más que la palabra *mañana*, muchas veces.

Mañana, ¿qué quieres decir con mañana? dijo Edmunda, ¿es que no te gusta estar aquí y quieres marcharte?

—Me iré si quereis, respondí; decidme, ¿no quereis verme más?

—No quiero semejante cosa, contestó, ¿os quedaréis aquí, no es verdad?

—Como ordeneis, respondí.

Edmunda me miró con mucha sorpresa; yo continué de rodillas, y ella se apoyó en el respaldo de mi silla.

—Estoy segura de que eres bueno—dijo como si contestára á una objeción propia—un Mauprat no puede ser nada á medias, y desde el momento en que eres bueno un cuarto de hora es seguro que debes tener una vida noble.

—La tendré, respondí.

—¿De veras? replicó con una alegría natural y sincera.

—¡Por mi honor, Edmunda, y por el tuyo! ¿Te atreves á darme la mano?

—Tómala, me dijo, presentándomela no sin algun estremecimiento. En seguida añadió:

—¿Según eso, Bernardo, habeis tomado al fin una buena resolución?

—Es tal, contesté, que jamás tendreis que hacerme ni una reconvención. Y ahora retiraos á vuestro cuarto, Edmunda, y no echeis ya los cerrojos, nada teneis en adelante que temer de mí pues jamás querré sino lo que plazca á vuestra voluntad.

Volvió á fijar en mí sus ojos con sorpresa, y apretan-

do mi mano, se alejó, no sin volverse muchas veces para mirarme, como sino hubiera podido creer en tan rápida conversión; después, parándose á la puerta, me dijo con voz afectuosa:

—Tambien vos necesitais retiraros á descansar; estais fatigado y triste y habeis cambiado mucho de dos días á esta parte. Si no quereis afligirme, Bernardo, debeis cuidaros mucho.

Hízome con la cabeza un amistoso saludo. En sus grandes ojos, tristes ya por el sufrimiento, había una expresión indefinible, en que se reflejaban alternativamente, y á veces á un mismo tiempo, el temor y la esperanza, el amor y la curiosidad.

—Me cuidaré, dormiré y no volveré á estar triste, respondí.

—¿Y trabajareis?

—Trabajaré...Pero vos, Edmunda, me perdonareis todos los pesares que os he causado, y me amareis un poco.

—Os amaré mucho, respondió, si estáis siempre como esta noche.

Al día siguiente desde el amanecer, entré en el cuarto del abate; estaba ya levantado y leia.

—M. Auberto, le dije, me habeis propuesto muchas veces darme lecciones; pues bien, vengo á suplicaros que pongais en ejecución vuestra generosa promesa.

Había pasado parte de la noche en preparar esta frase de introducción y en estudiar el continente que debía guardar delante del abate.

Sin odiarlo en el fondo, porque conocía que era bueno y que solo me quería mal por mis faltas, sentía cierta invencible antipatía hacia él, y aunque reconocía en mí interior que merecía todo el mal que de mi había dicho á Edmunda, parecíame, sin embargo, que podía haber insistido un poco más sobre *mi buen laão*, del cual no había dicho más que una palabra como de paso, y que no podía haberse escapado á un hombre tan sagaz como él.

Estaba, pues, decidido á mostrarme frio y altivo con él; para lo cual, pensé con bastante lógica que debía manifestar mucha docilidad mientras durase la lección, pero que en seguida debía despedirme de él con una salutación muy breve.

En una palabra, quería humillarle en su empleo de preceptor, porque yo no ignoraba que debía su subsistencia á mi tio, y que solo renunciando á esta subsistencia, ó mostrándose ingrato, podía negarse á educarme. En esto razonaba muy bien, aunque con arreglo á un sentimiento muy malo; y más adelante me arrepentí tanto de pensar así, que concluí por hacerle una confesión amistosa pidiéndole perdón.

Pero, para no anticipar los sucesos, diré que los primeros dias de mi conversión me vengaron plenamente de las prevenciones demasiado bien fundadas,

bajo muchos conceptos, de aquel hombre que hubiera merecido el nombre de justo, dado por Paciencia, si un hábito de desconfianza no hubiese contenido sus primeros movimientos. Las persecuciones de que había sido blanco por tanto tiempo habian desarrollado en él ese sentimiento de temor instintivo que conservó toda su vida, y que hizo siempre su confianza dificil, y tal vez por lo mismo más agradable é interesante. Mas adelante observé este mismo carácter en muchos buenos sacerdotes, los cuales tienen generalmente el espíritu de caridad, pero no el sentimiento de la amistad.

Quise hacerle sufrir y lo logré, pues me inspiraba el despecho, conduciéndome con él como un hidalgo con un subalterno, y al efecto empleé mucha aplicación, mucha formalidad, mucha política y una rigidez fría. No le dejé la menor ocasión para que me avergonzára por mi ignorancia, tomando para esto el partido de anticiparme á todas sus observaciones, acusándome á mí mismo de no saber nada é invitándole á que me enseñase las cosas desde sus primeros rudimentos. Cuando recibí mi primera lección, ví en sus ojos penetrantes, en los que yo tambien había llegado á penetrar, el deseo de pasar de aquella frialdad á una especie de intimidad; pero en manera alguna me presté á ella. Creyó desarmarme elogiando mi aplicación y mi talento.

—Os tomais demasiados cuidados, señor abate, le

respondí; no necesito estímulos. No creo absolutamente en mi talento; pero estoy seguro de mi aplicación; y como no sirvo á nadie más que á mí mismo aplicándome lo mejor que pueda al estudio, no hay motivo para que useis conmigo de tales cumplimientos. Hablando así, le saludé y me retiré á mi cuarto, donde aprendí en seguida el tema francés que me había señalado.

Cuando bajé para almorzar, ví que Edmunda estaba ya informada de la ejecución de mis promesas de la víspera. Ella fué la primera que me tendió la mano y me llamó: su buen primo, repetidas veces durante el almuerzo, en términos que M. de la Marche, cuyo semblante jamás expresaba nada, expresó sorpresa ó algo parecido. Yo esperaba que buscaría la ocasión de pedirme la explicación de mis groseras palabras de la víspera, y aunque estaba resuelto á guardar mucha templanza en esta conversación, me ofendí mucho del cuidado que tomó en evitarla. Esta indiferencia á un insulto procedente de mí, implicaba una especie de desprecio que me hacia sufrir mucho; pero el temor de disgustar á Edmunda, me dió fuerzas para contenerme.

Increible parece que el pensamiento de suplantarle no fuese ni un instante alterado por el humillante aprendizaje que me veía obligado á hacer antes de llegar siquiera á adquirir las primeras nociones de todas las cosas. Otro cualquiera, arrepentido como lo

estaba yo de los males que había causado, no hubiera hallado mejor medio de repararlos, que alejarse y devolver á Edmunda su palabra, su independencia y su reposo absoluto.

Este medio fué el único que no se me ocurrió, y si se me ocurrió, fué rechazado con desprecio, como la confesión de una defección verdadera. La obstinación, unida á la temeridad, corría por mis venas con la sangre de los Mauprat.

Apenas había ya entrevisto un medio de conquistar á la que amaba, lo abracé con audacia, y pienso que no hubiera sucedido de otro modo, aun cuando las revelaciones íntimas que hizo al abate en el parque, me hubieran descubierto que amaba á mi rival. Semejante confianza de parte de un hombre que tomaba á los diez y siete años su primera lección de gramática francesa, y que exageraba en demasía la dificultad de los estudios necesarios para ser el igual de M. de la Marche, revela, como no podreis menos de confesar, cierta fuerza moral.

No sé si estaba bien dotado, desde el punto de vista del talento. El abate lo aseguró; pero creo que no debo hacer honor de mis progresos rápidos sino á mi valor, que era tal, que me hizo presumir demasiado de mis fuerzas físicas. El abate me había dicho que con una voluntad firme se podía en mi edad conocer perfectamente en un mes las reglas de la lengua.

Al cabo de un mes me expresaba con facilidad y

escribía correctamente. Edmunda ejercía una especie de dirección oculta en mis estudios. Quiso que no me enseñasen el latín, diciendo que era demasiado tarde para consagrar muchos años á una ciencia de lujo, y que lo importante era formar mi corazón y mi razón con ideas en lugar de adornar mi espíritu con palabras.

Por las noches pretextaba el deseo de leer algún libro favorito, y leía alto, alternativamente con el abate, pasajes de Condillac, Fenelon, Bernardino de Saint-Pierre, Juan Jacobo, Montaigne y Montesquieu. Estos personajes eran ciertamente escogidos de antemano y apropiados á mis fuerzas; yo los comprendía bastante bien, y admirábame de ello en secreto; pues si por el día abría estos mismos libros á la ventura, tenía que pararme á cada línea.

En la superstición natural de los primeros amores, me imaginaba que al pasar por los labios de Edmunda, los autores adquirían una claridad mágica, y que mi espíritu se abría milagrosamente al sonido de su voz. Por lo demás, Edmunda no me mostraba abiertamente el interés que ella misma tomaba en instruirme. Engañábase indudablemente al pensar que debía ocultarme su tierna solicitud, pues tanto más me hubiera estimulado y alentado para el trabajo. Pero en esto estaba imbuída de la *Emilia*, y ponía en práctica las ideas sistemáticas de su querido filósofo.

Por lo demás, nada me perdonaba, y no pudiendo mi valor sufrir la prevención, pronto me ví forzado á detenerme. El cambio de aire, de régimen y de costumbres, las vigilias, la falta de ejercicios violentos, la intensa aplicación, en una palabra, la extraordinaria revolución que mi ser tenía que operar sobre sí mismo, para pasar del estado de hombre de los bosques al de hombre inteligente, me produjo una enfermedad nerviosa que me volvió casi loco durante algunas semanas, y que al fin desapareció, dejándome anonadado respecto de mi existencia pasada, petrificado para mi existencia futura.

Una noche, en la época de mis más violentas crisis, ví en un momento lúcido á Edmunda en mi cuarto. Al principio creí estar soñando. La lamparilla despedía una luz vacilante; una forma pálida, inmóvil, estaba recostada en una gran poltrona.

Distinguía una larga trenza negra desatada, y cayendo sobre un vestido blanco. Me incorporé en la cama, débil, pudiendo apenas moverme, quise levantarme; pero como lo observase Paciencia, me detuvo dulcemente. San Juan dormia en otro sillón. Todas las noches velaban así dos hombres á mi lado para sujetarme á la fuerza, cuando era presa de los furores del delirio. Frecuentemente era el abate uno de ellos, algunas veces el buen Marcasse, que antes de salir de Berri para hacer su excursión anual por las provincias vecinas, habia venido á dar su última

mano á los graneros del castillo, y voluntariamente relevaba á los criados cansados en el penoso empleo de velarme.

No pudiendo darme cuenta de mi mal, era muy natural que la presencia inopinada del solitario en mi cuarto me causase gran sorpreso y pusiera en desorden mis ideas. Había tenido tan violentos accesos aquella noche, que no me quedaban ya fuerzas ningunas. Me entregaba á divagaciones melancólicas, y tomando la mano de Paciencia, le pregunté si no era aquél el cadáver de Edmunda, que habían colocado sobre aquel sillón cerca de mí.

—Es Edmunda viva, me respondió en voz baja; pero duerme, amigo mio, y no debemos despertarla. Si quereis algo, aquí estoy yo para cuidaros, y lo haré de muy buena gana.

—Mi buen Paciencia, tu me engañas, le dije; está muerta, yo también lo estoy, y vienes á sepultarnos. Es menester que nos pongan en el mismo féretro, ¿lo oyes? porque estamos desposados. ¿Donde está su anillo? Cójelo y colócalo en mi dedo, porque ha llegado la noche de las bodas.

En vano quiso combatir esta alucinación; yo insistí en creer que Edmunda estaba muerta, y declaré que no me dormiría en mi sudario, mientras no tuviese el anillo de mi esposa. Edmunda, que había pasado muchas noches velándome, estaba tan estenuada por la fatiga, que no me oia. Además, yo hablaba quedo,

como Paciencia, por un instinto de imitación que no se encuentra sino en los niños ó en los idiotas. Obstiném en mi fantasía, y Paciencia, que temía que se convirtiera en furor, fué sigilosamente á coger una sortija de cornerina, que Edmunda tenía en el dedo y la pasó al mio. Apenas me la puso, la llevé á mis labios, y cruzando los brazos sobre mi pecho en la actitud que se da á los cadáveres en el féretro, me quedé dormido profundamente.

Al siguiente día, cuando quisieron quitarme la sortija, monté en cólera y tuvieron que renunciar á toda tentativa. Volví á dormirme, y entonces me la quitó el abate aprovechándose de mi sueño; pero cuando abrí los ojos, me apercibí del rapto, y comencé á divagar. Inmediatamente corrió á mí Edmunda, que estaba en el cuarto, y me ciñó el anillo al dedo dirigiendo algunas palabras de reconvención al abate. Me calmé al punto, y dije fijando en ella mis apagados ojos:

—¿No es verdad que eres mi esposa después de tu muerte como durante tu vida?

—Ciertamente, me dijo; duerme en paz.

—La eternidad es larga, le dije, y quisiera ocuparla con el recuerdo de tus caricias. Pero por más que hago, no encuentro la memoria de tu amor.

Edmunda se inclinó hácia mí y me dió un beso.

—Haceis mal, Edmunda, dijo el abate; semejantes remedios se trocan en venenos.

—Dejadme, abate, le respondió con impaciencia sentándose á mi lado; os suplico que me dejeis.

Quedéme dormido con una de mis manos entre las suyas, y repitiéndole por intervalos:

—Se halla uno bien en la tumba, es una felicidad estar muerto, ¿no es verdad?

Durante mi convalecencia, Edmunda fué mucho menos expresiva; pero tan solícita y cariñosa, que apenas se seperaba de mi lado. La referí mis sueños, y me dijo lo que había de verdadero en mis recuerdos: sin esta confirmación hubiera siempre creido que lo había soñado todo.

La supliqué que me dejase la sortija, y accedió á mi petición. Hubiera debido añadir, en reconocimiento de tantas bondades, que guardé aquel anillo como una prenda de amistad, y no como anillo nupcial; pero la idea de semejante abnegación era superior á mis fuerzas.

Un día pedí noticias de Mr. de la Marche. Solo á Paciencia me atreví á dirigir esta pregunta.

—Se ha marchado, me contestó.

—¡Cómo! ¿se ha marchado? repliqué. ¿Para mucho tiempo?

—Para siempre, si Dios quiere. Yo nada sé, no pregunto á nadie; pero hallábame casualmente en el jardín cuando se estaba despidiendo, y todo aquello era frío como una noche de Diciembre. Sin embargo, de una y otra parte se dijeron: *hasta la vista*.

Aunque Edmunda conservaba el aire de bondad y de franqueza de siempre, el otro tenía la cara de un labrador que ve venir la helada en Abril. ¡Mauprat, Mauprat, dicen que os habeis hecho un *gran estudiante y muy buen sujeto*! Acordaos de lo que os he dicho. Cuando seais viejo no habrá ya tal vez títulos ni señoríos. Tal vez os llamarán el padre Mauprat, como me llaman á mí el padre Paciencia, sin que jamás haya sido monje ni padre de familia!

—¡Bueno! ¿qué quereis decir con eso?

—Acordaos de lo que os he dicho, repito; hay muchos modos de ser hechicero y adivino, y bien puede uno conocer el porvenir sin pactar con el diablo; yo doy mi voto á vuestro casamiento con la prima. Continuad siendo bueno. Ya estais hecho un sábio; dicen que leeis de corrido el primer libro que os presenten. ¿Qué más se necesita? Hay aquí tantos libros, que el sudor me corre de la frente sin hacer más que verlos; me parece que principio á *no poder aprender á leer*. Pronto os hallareis restablecido. Si M. Huberto quisiera creedme, el casamiento se haría en la iglesia de San Martin.

– Calla, Paciencia, le dije, me estás atormentando. Mi prima no me ama.

—Os digo que mentís como un bellaco, según dicen los nobles; yo se cómo os ha cuidado, y Marcasse, andando por los tejados, la ha visto al través de su ventana, arrodillada en medio de su cuarto, á

las cinco de la mañana, el día en que estábais tan enfermo.

Las imprudentes aserciones de Paciencia, los tiernos cuidados de Edmunda, la partida de Mr. de la Marche, y más que todo la debilidad de mi cerebro, fueron causa de que me persuadiese de lo que deseaba; pero á medida que recobraba mis fuerzas, entraba Edmunda en los límites de la amistad tranquila y prudente. Jamás hubo persona que recobrase con menos placer la salud que yo; porque cada día eran más cortas las visitas de Edmunda, y cuando pude salir de mi habitación, no tuve más que algunas horas al día para pasarlas á su lado, como antes de mi enfermedad. Edmunda había tenido el arte maravilloso de mostrarme el más tierno cariño, sin dejarse por eso llevar á una nueva explicación sobre nuestros misteriosos desposorios Si todavía no poseía l grandeza de alma necesaria para renunciar á mis derechos, había adquirido á lo menos bastante pundonor para no recordarlos, y hallábame con ella precisamente en los mismos términos que en el momento de caer enfermo. M. de la Marche estaba en París; pero, según ella, había sido llamado á la córte por los deberes de su cargo, y debía volver á fines del invierno en que entrábamos. Nada revelaba en los discursos del caballero y del abate que hubiese habido ningún rompimiento entre los prometidos esposos, y aunque se hablaba pocas veces del general,

hablábase de él naturalmente y sin repugnancia, motivo que volvió á despertar en mi la incertidumbre y la duda, no quedándome otro remedio que recobrar el imperio de mi voluntad.

—Yo la obligaré á que me prefiera, me decía á mí mismo, apartando del libro la vista y mirando á los grandes é impenetrables ojos de Edmunda fijos con calma en las cartas de M. de la Marche, que su padre recibía de vez en cuando y la entregaba después de haberlas leído. Volví á entregarme al estudio. Por largo tiempo sufrí dolores atroces en la cabeza, pero los aguantaba con estoicismo; Edmunda emprendió otra vez el curso de los estudios que hacian para mí, indirectamente, durante las noches del invierno. Admiré nuevamente al abate con mi aptitud y con la rapidez de mis triunfos. Los cuidados que me había prodigado en mi enfermedad me habían desarmado, y aunque todavía no pudiese amarle cordialmente, sabiendo que no me servía para con mi prima, le dispensé mucha más confianza y consideración que anteriormente. Sus largas conferencias me fueron tan útiles como mis lecturas, y fuí asociado á los paseos del parque, y á las visitas filosóficas á la cabaña cubierta de nieve de Paciencia.

Este fué un medio de ver á Edmunda con frecuencia y por más tiempo. Mi conducta fué tal, que se disipó toda su desconfianza y ya no temía verse á solas conmigo: pero fuerza es confesar que no se presentó ocasión de dar una prueba de mi heroismo, porque el abate, cuya vigilancia nada podía adormecer, seguía siempre nuestras huellas. Tan extremada vigilancia, lejos de serme ya enojosa, me satisfacía, porque á pesar de todos mis propósitos, la tempestad trastornaba mis sentidos en el misterio; y habiéndome hallado una ó dos veces á solas con Edmunda, tuve que separarme de ella bruscamente para ocultarla mi turbación.

Nuestra vida era, pues, tranquila y dulce en la apariencia, y por algún tiempo lo fué en realidad pero bien pronto la turbé más que nunca con un vicio que la educación desarrolló en mí, y que hasta entonces había permanecido oculto bajo otros vicios más raros, pero menos funestos; este vicio que hizo la desesperación de mis nuevos años, fué la vanidad.

A pesar de sus sistemas, el abate y mi prima cometieron la falta de mostrarse demasiado satisfechos de mis progresos; tan poco era lo que habían esperado de mi perseverancia, que no cesaban de ensalzar mis altas facultades. Quizás hubo también de su parte algo de triunfo personal en ver con exageración el buen resultado de mis ideas filosóficas aplicadas á mi desarrollo. Lo que hay de cierto es que me dejé persuadir fácilmente de que tenía una grande inteligencia y que era muy superior á la mayor parte de los hombres.

Pronto mis queridos maestros recogieron el triste fruto de su imprudencia, y ya era demasiado tarde para contener el vuelo de ese amor desmedido de mí mismo.

Quizás tambien esta pasión funesta, comprimida por los malos tramientos que había sufrido en mi infancia, no hizo más que despertar. Es de creer que llevamos dentro de nosotros mismos, desde nuestros primeros años, el gérmen de las virtudes y los vicios que la acción de la vida exterior fecunda con el tiempo. En cuanto á mí todavía no había hallado alimentos á mi vanidad; porque ¿de qué hubiera podido engreirme en los primeros días que pasé al lado de Edmunda? Pero desde que hallé este alimento, la vanidad comprimida se levantó en su triunfo, y me inspiró tanta presunción, como vergüenza y comedimiento me había sugerido.

Hallábame además tan contento con poder comunicar fácilmente mi pensamiento, como el polluelo que sale del nido y se ensaya en volar. Llegué, pues, á ser tan hablador como callado era antes. Agradó mucho mi cháchara, pero no tuve el instinto de conocer que la escuchaban como la de un niño mimado: me reputé por un hombre, y lo que es más, por un hombre notable, haciéndome temerario y extremadamente ridículo.

Mi tio el caballero, que no se había mezclado en mi educación, y que solamente había sonreido á mis

primeros pasos en la carrera, fué el primero también que conoció el falso camino en que me empeñaba. Llevó muy á mal que levantase el tono tan alto como él, sobre lo cual llamó la atención de su hija. Esta me lo advirtió con dulzura y me dijo, para hacerme soportar sus amonestaciones, que yo tenía razón en la discusión, pero que su padre no estaba ya en edad de convertirse á las nuevas ideas, y que por lo mismo debia yo sacrificar á su paternal dignidad mis aserciones entusiastas. Prometí la enmienda, pero no cumplí mi palabra.

El hecho es, que el caballero estaba imbuído en muchas preocupaciones. Había recibido muy buena educación para su tiempo y para un noble lugareño, pero el siglo había marchado más de prisa que él, Edmunda, ardiente y romancesca; el abate, sentimental y sistemático, habian marchado mas ligeros aún que el siglo; y si el inmenso desacuerdo que existía entre ellos y el patriarca de la familia, por decirlo así no se dejaba conocer, era solo por el respeto que con justo título inspiraba, y por la ternura que sentía hacia su hija. Yo abracé completamente, como podeis imaginaros, las ideas de Edmunda, pero sin tener, como ella, la delicadeza de callarlas. Hallando la violencia de mi carácter su desahogo en la política y en la filosofía, sentí un placer indecible en esas borrascosas disputas que preludiaban entonces en Francia, en todas las reuniones y hasta en el seno de las

familias, las tempestades revolucionarias. Creo que no había casa, palacio ni cabaña que no tuviese entonces su orador, áspero, fogoso, absoluto y dispuesto á descender á la arena parlamentaria. Yo era, pues, el orador del castillo de San Severo, y mi buen tío, habituado á una apariencia de autoridad que le impedía la rebelión real de los espíritus, no pudo sufrir una contradicción tan ingénua como la mía. Era altivo y fogoso, y además tenía en exprosarse cierta dificultad que aumentaba su impaciencia natural, y le infundía mal humor contra los demás, á fuerza de tenerlo consigo mismo. Golpeaba con el pie los tizones encendidos de la chimenea, hacía pedazos sus anteojos, derramaba el tabaco en el suelo, y hacía resonar con los estallidos de su voz sonora los altos techos del castillo.

Todo esto me divertía cruelmente; porque con una palabra muy frescamente deletreada en mis lábios, echaba por tierra la frágil andamiada de ideas de toda su vida Esta era una gran necedad, y un orgullo demasiado pueril por mi parte; pero arrebatáme sin cesar la necesidad de luchar y el placer de desplegar intelectualmente la energía que faltaba á mi vida física. En vano tosía Edmunda para hacerme callar, y se esforzaba para salvar el amor propio de su padre, en hallar, contras su propia conciencia, alguna razón en su favor: la tibieza de su cooperación, y la especie de concesión que parecía exigir de mí, irritaban más y más á mi adversario.

—Déjale hablar, Edmunda; exclamaba no te mezcles en esto: quiero atacarle en todos los puntos. Si has de interrumpirnos á cada paso, jamás podré probarle su absurdo. Y entonces arreciaba la borrasca de una y otra parte, hasta que el caballero, profundamente herido, salía de la habitación é iba á desfogar su mal humor en sus criados ó en sus pobres perros de caza.

Contribuía no muy poco á estas disputas impertinentes y á fomentar mi obstinación ridícula, la extremada bondad de mi tio, que al cabo de una hora, ya no se acordaba de mís ofensas, ni de su contrariedad, hablándome como de costumbre y preguntándome sobre todos mis deseos y necesidades con una inquietud paternal. Este hombre no hubiera dormido tranquilo, si antes de acostarse no hubiese abrazado á todos los suyos, y si no hubiese reparado con una palabra ó una mirada afectuosa las reconvenciones, que por su mal humor había dirigido durante el día al último de sus criados. Esta bondad hubiera debido desarmarme y cerrarme la boca para siempre, y así lo juraba hacer todas las noches; pero á la mañana siguiente, volvia, como dice la escritura á *mi rómito*.

Edmunda sufría cada día más con el carácter que se desarrollaba en mí, y buscó el medio de corregirme de él. Si jamás hubo amante más fuerte y reservada, tampoco hubo madre más tierna que ella. Despues de muchas conferencias con el abate, resolvió

decidir á su padre á interrumpir un poco las costumbres de nuestra vida, y á trasladar nuestra residencia á París durante las últimas semanas de Carnaval. La mansión en el campo; el grande aislamiento en que la posición de San Severo y el mal estado de los caminos nos dejaban despues del invierno, la uniformidad de costumbres; todo contribuía á sostener nuestro fastidioso ergoteo: corrompíase con él cada vez más mi carácter; mi tío tenía más placer que yo en nuestras disputas; pero su salud sufría, y estas pueriles emociones diarias apresuraban su caducidad.

El tédio se había apoderado del abate; Edmunda estaba triste, ora fuese á consecuencia de nuestro género de vida, ora por causas ocultas. Deseó partir, y partimos; porque su padre, inquieto con su melancolía, no tenia mas voluntad que la suya. Yo temblé de alegría con sólo pensar qué iba á conocer á París. Y mientras Edmunda se lisonjeaba con la idea de que el trato de la gente dulcificaría la esperanza de mi pedantismo, soñaba yo una actitud de conquistador en ese mundo descrito con tan denigrantes colores por nuestros filósofos. Pusimonos en camino en una hermosa mañana de marzo: el caballero con su hija y la dueña Leblanc en una silla de postas; yoe n otra con el abate, que no podía disimular su alegria de ver la capital por la primera vez de su vida, y mi camarero San-Juan, que hacia profundos saludos á todos los viandantes para no perder sus hábitos de política.

XII

Cansado el viejo Bernardo de haber hablado tanto, nos había citado para el siguiente día. Invitado por nosotros, á la hora convenida á que cumpliese su palabra, continuó su relación en estos términos:

Esta época marcó en mi vida una nueva fase. En San Severo había estado absorto por mi amor y mis estudios. Había concentrado en estos dos puntos toda mi energía. Apenas llegué á París, se me cayó de los ojos una pesada venda, y por espacio de muchos días, á fuerza de no comprender nada, no me sentí admirado de nada.

Atribuía á todos los actores que se presentaban en la escena una superioridad muy exagerada; pero no me exageraba menos la facilidad con que pronto llegaría á nivelarme con esta potencia ideal. Mi natural emprendedor y presuntuoso, veia en todas partes un desafío, y en ninguna parte un obstáculo.

Hospedado en un piso separado de la casa que ocupaban mi tío y mi prima, pasaba la mayor parte de mi tiempo al lado del abate. No me deslumbraron las ventajas materiales de mi posición; pero al ver muchas posiciones equívocas ó penosas, principié á conocer el bienestar de la mía. Comprendí el exce-